LA MADRE DE DIOS,

MADRE DE LOS HOMBRES.

PRIMERA PARTE.

CAPÍTULO PRIMERO.

El valor de las mujeres que acompañan á Jesus crucificado, es una prueba de su divino poder y de su autoridad. Actitud sublime de María y de San Juan al pié de la cruz. Palabras que les dirige Jesucristo.

El misterio de Jesucristo crucificado es, dice San Pablo, un motivo de escándalo para el judío obstinado, y un objeto de locura y de desprecio para el ciego gentil; mas para el cristiano, á cuyos ojos brilla la luz de la fe, es la obra maestra de la sabiduría y de la omnipotencia de Dios (1). Y en efecto, como observa San Agustin, en tanto que la humanidad visible sufria los tormentos más crueles en la Persona de Jesucristo crucificado, la divinidad, que estaba invisible y oculta,

(1) Jesum Christum crucifixum Judæis quidem scandalum, Gentibus autem stultitiam; ipsis autem vocatis Judæis atque Græcis, Christum Dei virtutem et Dei sapientiam. (I, *Cor.*, I, 23, 24.)

obraba las más grandes maravillas. Jesus crucificado, colmado de ignominias y víctima de los más atroces tormentos, ordena y dirige todos los acontecimientos, domina como Señor la voluntad perversa de sus enemigos, dispensa la gracia y dispone de su reino celestial con una libertad absoluta y una autoridad omnímoda, y miéntras que agoniza como el último de los hombres, manifiesta una independencia y un poder propios tan sólo de Dios (1).

Entre los numerosos prodigios de este poder divino, que Jesucristo obró en el discurso de su pasion, se nota, dice San Juan Crisóstomo, el que obró para reformar el sexo más frágil, queriendo manifestarnos de este modo que habia venido para reformarlo todo, así como lo habia criado todo. Este sexo, en efecto, tenido por el más tímido, el más delicado y el más débil, se mostró de repente el más intrépido, el más animoso y el más fuerte (2).

Los apóstoles, exceptuando uno solo, habian abandonado á su divino Maestro y habian huido precipitadamente. Los discípulos se hallaban separados y dispersos, como un tímido rebaño al que han arrebatado su pastor. Entre tantos hombres como El habia alimentado, instruido y curado, ni uno solo se atreve á declararse por El. Aquel mismo Pedro, que al principio

(1) Patiebatur hæc omnia qui apparebat homo, et ipse idem hæc omnia faciebat qui latebat Deus. (*S. Aug.*)

(2) Imbecillior sexus tunc fortior apparuit: ita omnia reformavit. (*S. Joan. Crisost.*)

habia jurado sufrirlo todo por El y morir con El, le niega en el momento del peligro, y jura que no le conoce ni tiene nada de comun con El.

Mas, por un trastorno del órden natural, digno de ser notado, en tanto que los hombres tiemblan, se alejan y se ocultan, dice Eutimio, unas pocas mujeres no se asustan, y ellas solas permanecen constantemente fieles á Jesus (1). Estas almas generosas no se avergüenzan de participar de la ignominia de la cruz ni de manifestar públicamente la más viva adhesion y la piedad más tierna respecto al Crucificado, previniendo así la constancia y la generosidad de los mártires que habian de confesar un dia á Jesucristo en medio de los tormentos, y condenando de antemano la bajeza de esos cristianos que se ruborizan de El y le niegan, por decirlo así, por un miserable respeto humano. El odio de los fariseos no las acobarda, el furor del pueblo no las detiene, el poder de los magistrados no las intimida, ni la licencia de los soldados las amedrenta. Llenas de valor, parece que provocan la rabia ciega y la venganza cruel de los enemigos de Jesucristo, vertiendo lágrimas públicamente por la suerte de un sentenciado, y con esta manifestacion de su dolor condenan públicamente la injusticia y la barbarie con que han tratado á su Maestro y Señor. Nada, dice Cornelio à Lapide, puede arrancarlas de junto á El, nada es capaz de decidirlas á abandonarle. Desde el pretorio de Pilatos

(1) Vide ordinem conversum: discipuli siquidem fugerunt, discipulæ assistentes permanebant. (*Eut.*)

hasta la cima del Calvario no le han perdido de vista ni un solo instante; llorosas y desoladas, le han seguido constantemente. Ved aquí que tambien quieren asistir á su muerte, deseosas de admirar sus últimos ejemplos, de recibir sus últimas lecciones, de meditar sus últimos misterios, y de recoger su último suspiro; prontas á sufrirlo todo por El, y aun á morir, si es necesario, con El (1).

Cuando elevaron la cruz y suspendieron entre el cielo y la tierra al augusto Mediador que se interponia entre Dios y los hombres, estas mujeres intrépidas se colocaron sobre la sangrienta montaña, tan próximas á Jesus crucificado como les permitió la insolente soldadesca. Allí, con los ojos fijos en aquel lastimoso objeto (2), se pusieron, como observa Cornelio à Lapide, segun el texto griego, á contemplar inmóviles y absortas en sus sentimientos de compasion y de dolor, de ternura y de piedad, los horrores de aquella escena tan patética; la paciencia, la bondad, la calma y la dulzura de parte de Jesucristo, y una rabia infernal y una barbarie inaudita de parte de sus verdugos (3).

Entre aquellas almas generosas y fieles á Jesucristo se hallaba María, su santísima y amabilísima Madre.

(1) Ab eo intuendo, meditando et admirando, Judæorum metu et minis avelli non potuerunt. (*Corn. à Lap.*)

(2) Erant autem ibi mulieres multæ à longe aspicientes. (*Marc.*, xv, 40.)

(3) Addunt græca: spectantes et speculantes tum miram Jesu patientiam, tum prodigia quæ circa eum contingebant, hæcque omnia pia mente et meditatione revolventes. (*Corn. à Lap.*)

María es conducida al pié de la cruz, no sólo por su amor de Madre, sino tambien por su celo de Corredentora; no sólo para ser testigo de los grandes misterios que van á ser consumados por su Hijo, sino tambien para tomar parte en ellos, y cooperar con su amor y con su dolor al sér que Jesucristo nos va á dar con su sangre y con su muerte. En esta solemne circunstancia tiene un ministerio personal y un cargo propio que ejercer; tambien entra Ella en ciertas disposiciones particulares de la Providencia, y por lo mismo, toma la actitud que le es propia. Ella se separa de las demas mujeres, que de acuerdo con María, esposa de Cleofás, María Magdalena y el discípulo amado de Jesucristo, le habian acompañado hasta el Calvario, y se acerca más al árbol misterioso y ensangrentado en que estaba suspendida la salvacion del mundo, el objeto de su ternura y la causa de su dolor profundo (1).

Los príncipes de los sacerdotes, los fariseos y los escribas habian ido al Gólgota, no tanto para vigilar sobre la ejecucion de la bárbara sentencia provocada por su maliciosa envidia, cuanto para recrear su vista en el espectáculo de los padecimientos y de los oprobios de Jesucristo. Parece que debian haber hecho alejar de la cruz á la Madre, al discípulo y á las otras mujeres; y esto, ménos por compasion de estas almas fieles, que para quitar al Señor, moribundo aun, el consuelo de ver á tantas personas amantes y afectuo-

(1) Stabant autem juxta crucem Jesu Mater ejus, et soror Matris ejus, Maria Cleophæ, et Maria Magdalena.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

sas tomar parte en sus ignominias, afligirse y compadecerse de sus padecimientos. Mas ese mismo poder divino, que triunfa de todos los obstáculos y domina los corazones, que en Getsemaní provee á la seguridad de sus discípulos, que en el pretorio conduce la mano de Pilatos, y en vez de un título de condenacion, le hace trazar el verdadero título de la gloria de Jesucristo, á quien él declara REY DE LOS JUDÍOS, es decir, el Mesías ó el Salvador del mundo; este mismo poder divino contiene la crueldad de los magistrados y la licencia de los verdugos. El asegura á María y á San Juan el consuelo de verse asociados á los últimos misterios del Redentor crucificado, de ser los testigos de su muerte, y de ser los primeros que se ven rociados con su sangre, sin que nadie piense ó se atreva á alejarlos (1).

María estaba en pié, segun la bella pintura que hace San Ambrosio, absorta en cierto modo en un éxtasis de dolor profundo y de contemplacion sublime. La posicion recta é inmóvil de su Persona anuncia toda la intrepidez, toda la grandeza y toda la nobleza de su corazon. La compostura de su rostro expresa una absoluta resignacion y un dolor inmenso; sus ojos entristecidos, recorren una por una en el cuerpo de su Hijo las llagas sangrientas de donde mana la salvacion de los hombres. Muy léjos de temer la rabia de los verdugos (miéntras que su Hijo se ofrece á la justi-

(1) Stabant juxta crucem Jesu.

cia de su Padre), Ella se adelanta á su furor para ser tambien inmolada. Este amor tan puro y tan generoso, este valor tan heróico, esta constancia invencible de María, indemnizaban en cierto modo á Jesus de la pena y de la vergüenza que le habia causado el cobarde abandono de sus discípulos. El espectáculo que María ofrece de Sí misma es el que conviene á la elevacion de su rango. Sólo es propio de un Hijo que es á un tiempo mismo verdadero Dios y verdadero Hombre, morir como muere Jesus, y María asiste á esta muerte como una Madre que tiene á un Dios por Hijo (1).

Al otro lado de la cruz estaba San Juan igualmente de pié; Juan, el discípulo muy amado, á quien Jesus amaba más que á otro alguno, el objeto de su especial ternura, el depositario de sus divinos secretos, y como le llama San Cipriano, su íntimo confidente, su camarero fiel (2). Su espíritu está ocupado de los misterios más sublimes, su corazon está traspasado de dolor; y sin embargo, su actitud y su figura son dignas de un discípulo que tiene á un Dios por Maestro. La Madre y el discípulo están tan próximos á la cruz, que pueden oir fácilmente la voz amada de Jesus moribundo, contemplar su faz adorable y aun distinguir sus miradas, llenas de amor.

(1) Stabat juxta crucem Mater, et fugientibus viris, stabat intrepida. Spectabat piis oculis Filii vulnera, per quæ sciebat omnibus redemptionem futuram. Stabat non degeneri spectaculo Mater, quæ non metueret peremptorem. Pendebat in cruce Filius; Mater se persecutoribus offerebat. (*De Inst. Virg.*, c. 7.)

(2) Christi cubicularius. (*S. Cipr.*)

Entre tanto llega el Señor al término de sus dolorosas angustias. El distingue á estas dos personas tan amadas, en la actitud de la resignacion más perfecta, de la ternura más viva y del dolor más profundo. Desde lo alto de la cruz fija en ellos su vista lánguida, que muy pronto va á extinguirse en las sombras de la muerte, y designándolos al uno y al otro con una mirada, dice á María: MUJER, HÉ AHÍ TU HIJO. En seguida dice á San Juan: HÉ AHÍ TU MADRE (1).

Palabras llenas de ternura y de amor. Pero palabras que, como todas las que salieron de la boca del Salvador moribundo, son sublimes y fecundas en su sencillez. Ellas encierran una parte del testamento del Hijo de Dios, que muere por la salvacion del mundo. Ellas abrazan una multiplicidad prodigiosa de objetos. Ellas encierran sentidos diversos y misterios profundos, pero todos nobles, todos divinos, todos dignos del tiempo y del lugar, todos dignos del augusto Personaje que las pronuncia. Mas ántes de entrar á examinar su significacion, y sondear el grande, el precioso y agradable misterio que encierran respecto á nosotros en su sentido profético, debemos explicarlas en su sentido histórico é inmediato.

(1) Mulier, ecce Filius tuus; deinde dicit discipulo: Ecce Mater tua. (*Joan.*, XIX, 26, 27.)

CAPÍTULO II.

Explicacion literal de estas palabras de Jesucristo á María: *Mujer, hé ahí tu hijo;* y de estas otras á San Juan: *Hé ahí tu Madre.* Solicitud amorosa de Jesucristo para con su Madre y para con su discípulo. Virtudes especiales de San José, figura de las virtudes de San Juan, por las que mereció se le dejase á María por Madre. Valor y recompensa de su virginidad y de su fidelidad á Jesucristo crucificado.

UNA tradicion antigua y constante, comun entre los padres de la Iglesia, nos enseña que al tiempo de la pasion de Jesucristo hacia ya muchos años que habia muerto el patriarca San José, esposo purísimo de María. Si entónces hubiera vivido, no hubiera abandonado, miéntras estaba crucificado en el Calvario, á su amado Jesus, á quien habia sustraido con tanta destreza de la persecucion de Heródes, á quien buscó con tantos cuidados y tantas lágrimas cuando lo perdió en el templo (1). Jesus moribundo no hubiera quitado á este esposo la custodia del depósito sagrado de María, para confiarla á su discípulo, como nos lo dice uno de los santos padres (2). *Este custodio fiel de su Señor*, á quien los oráculos celestiales se revelaban siempre en todo cuanto tenia relacion con la santa Familia de Na-

(1) Ecce pater tuus et ego dolentes quærebamus te. (*Luc.*, II, 48.)

(2) Neque abrogaretur uxor marito.